



Vive en la periferia el que se queda fuera, alejado del centro, fuera de aquello que hace la vida grata, interesante, buena, digna de vivirse

Hay muchos *parias* en la sociedad postmoderna. “En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos” (Papa **Francisco**, Bula *Misericordiae vultus*. n. 15).

Es fácil encerrarse en la torre de marfil de la propia comodidad y no darse por enterado de aquello que nos desagrada o nos compromete. Pero las carencias vitales de muchos son un fuerte llamado a nuestra sensibilidad. “No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la

fraternidad” (*idem*).

La misericordia no es un simple sentimiento, acompañado de buenos deseos. Hace falta que se manifieste en las obras. “Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos” (*idem*).

Somos de carne y hueso, con alma espiritual y cuerpo material. Por eso hay que atender al bien material de quienes tenemos más cerca, y, en lo posible, a los más lejanos. “Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos (...). No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cfr Mt 25, 31-45)” (*idem*).

Quizás es más fácil advertir la necesidad material antes que la espiritual. Sin embargo ésta última es más profunda y personal. Y suele haber más ocasiones de remediarla: “Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas” (*idem*).

Es la exhortación que nos hace el Papa Francisco: “En cada uno de estos «más pequeños» está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de **san Juan de la Cruz**: «En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor»” (*idem*, n. 16).

Rafael María de Balbín